





“El chiquito es chiquito”, dijo la doctora. Me los mostraron y se los llevaron. Diego los fue a ver al rato a Neo y volvió contento: “estaban despiertos, son hermosos”.

Y así empezamos nuestra vida de Neo, un pasillo laaaaargo y una puerta de vidrio, salía un enfermero y decía que podíamos pasar. A lavarse las manos con Pervinox hasta casi los codos, ponerse barbijo si tenías la más mínima sospecha del más mínimo resfrío y esa ansiedad de estar ese rato con los “bebés”. Manuel con movimientos lentos y amplios, Julián con movimientos cortitos, apurados. (Ahora que lo pienso, en la actualidad se mueven igual).

A los 9 días les dieron el alta, a Manuel porque –nos explicaron- no querían dejarlo más tiempo internado, ya que a Julián todavía le faltaba ganar peso y no tenía sentido hacerlo esperar. Nos vinimos a casa y a adaptarnos, cuando llegamos Valentina dijo: “qué lindo el hermanito, el otro ¿dónde está?”. Así pasamos unos cuantos días, una teta en casa, una corrida a Neo, otra teta en casa, Diego a trabajar, se escapaba una horita para pasar por Neo a hacerle unos mimos a Julián, a hablarle, cantarle, a contarle que queríamos que venga a casa, que lo estábamos esperando, que estaba haciendo las cosas muy bien, que Valentina le mandaba este dibujo, y mamá un beso y Manuel quería verlo.

Ahí también conocí a una señora con la que nunca había tenido mucho trato: la culpa. Culpa por dejar a Manuel en casa, culpa por dejar a Julián en Neo, culpa por dejar a Valentina en lo de amigos, culpa por no dar la teta tranquila, culpa por tener sueño y caer rendida, culpa por no poder con todo. Me costó, pero fui aprendiendo que con culpa no llegaba a nada, que tenía que tratar de disfrutar los momentos como se presentaban y en todo caso después vería...

Pasaron 20 días, y ese domingo yo me fui llorando a mares, no aguantaba más, ya no podía sentir que “allá están mejor”. Sentía que en ningún lugar podía estar mejor que en casa con nosotros, conmigo. Ese día pesaba 1820 kg. Faltaban 180.

Al día siguiente cuando llegué todas las enfermeras se miraban cómplices, lo habían cambiado de lugar. Y en un momento la enfermera me lo cuidó toooooodos esos días me pregunta: “¿trajo la ropita hoy?”, no se pudo aguantar... Sí, claro, le dije yo, la ropita está en el cajón derecho de la incubadora. “¿Se lo puedo vestir yo?”.

No sé qué cara habré puesto, porque me hizo callar, y me dijo: “tenemos que esperar que el Dr. de guardia le dé el parte del día, yo no dije nada”.

Cuando vino el Dr., me dijo que estaba en los 2020kg y como estaba todo bien le daban el alta pero al otro día debíamos llevarlo para que lo pesaran, para confirmar que siguiera aumentando. Hasta el día de hoy creemos que alguien le regaló unos gramitos para poder dejarlo ir.

Y me lo dieron.

Todos estábamos de lo más emocionados, ellas porque se les iba “Juliancito”. Yo lo agarré fuerte y me fui a hacer el trámite para la salida. “Déjelo acá así va más cómodo, hace todo y lo viene a buscar”. ¡iiiiiiiiiiiiNi loca!!!!!!!!!!!!!! Mirá si se arrepienten.

Llegué a casa, toqué el timbre y Diego se asomó y me dijo: “ ¡iii¿Te lo robaste?!!!!!!!!!!

No... ES MÍO!!!!

Y ahí empezó nuestra vida en casa. Pero ese ya es otro cuento.

Carolina Lissarrague

### Un largo aprendizaje

Casi no me acuerdo lo que es no ser Mamá, fui mamá a los 17, mientras mis amigos estaban de viaje de estudios en Bariloche yo lavaba pañales (no había descartables!!!!). Hoy 23 años después sigo en lo mismo. Siento realmente que cuando fui mamá dejé de ser una sola persona para convertirme en 2, 3 y así hasta llegar a 6. En estos 23 años aprendí tanto como enseñé. Aprendí a ser mamá cuando nació Romina, ella era mi juguete, disfrutaba aprendiendo con ella (pobre), era una extensión mía, le gustaba todo lo que a mí me gustaba y se dormía escuchando rock nacional. Aprendí que no hay dos hijos iguales casi sin darme cuenta llegaron Carla y Natacha. Aunque las tres se criaron como un “equipo”, cada una muy distinta de la otra.



Aprendí que el tiempo pasa muy rápido y los momentos no vuelven. Pasó el jardín, la varicela, las ortodoncias y llegamos a la universidad. Todo estaba bajo control, cada cosa en su lugar. Decidimos tener un hijo más, el varón de ser posible, cuando me quedé embarazada estaba tan feliz que no lo podía creer, aprendí cuantos controles y métodos había que controlar un embarazo en el nuevo milenio. Y de repente... son dos... ¿cómo explicar lo que sentí?, ¿para qué? Si ustedes ya lo saben, y todo cambió, tocaba el cielo con las manos, tenía mil planes, el milagro de la vida estaba sobredimensionado, no era un milagro, eran dos!!! Andaba por la vida con mi panza gigante contándole a todos que tendría mellizas, estaba tan feliz que prácticamente vivía en otro mundo. La preclampsia me volvió a la realidad, aprendí que la vida puede cambiar en un minuto y que ya nada es igual. Nacieron Micaela y Sofía con solo 600 gramos de peso, en mi habitación no había flores y nadie me felicitó, de repente estaba frente a las incubadoras donde Mica y Sofi lucharon muchos meses por su vida, salí sola del sanatorio y durante meses envidié a cada padre que se iba con sus hijos, y seguí aprendiendo, aprendí que los niños olvidan como succionar, hay que enseñarles, aprendí que pueden olvidarse de respirar y hay que hacerles acordar, aprendí de la valentía de mis pequeñas hijas cuando mi valentía desaparecía, y casi sin darme cuenta pasé a ser una mamá “especial”, aprendí a compartir mi maternidad con fonoaudiólogas, terapistas, maestras especiales y enfermeras, aprendí a cambiar frustración por esperanza, aprendí que la vida por cada puerta que cierra te abre una

ventana y que es cuestión de saber saltarla. También por fin aprendí lo que es ser mamá de un varón, llegó Santiago que hoy cumple 2 años, él me devolvió la risa en la sala de partos, llenó mi habitación de flores y salió del sanatorio en mis brazos. Me imagino que en mi camino como mamá voy a aprender mucho más y voy a encontrarme con muchos momentos difíciles pero estoy segura de que tendré muchísimos momentos felices, y seguramente seguiré aprendiendo de lo más valioso que me dio la vida, mis 6 hijos.

Paola, mamá de Romina (22), Carla (21), Natacha (17), Micaela y Sofía (3) y Santiago (2)